

"Petiso" y su versión de la reciente historia nacional

Alberto Castro [\(1\)](#)

'Petiso' tiene alrededor de cinco años. Cierta noche, escucha fragmentos de una conversación entre "los grandes". Unos hombres llegaron aquella noche a casa, los recibió su padre y se reunieron alrededor de la mesa de la cocina, donde se pusieron a conversar.

No recuerda hoy lo que decían esos hombres extraños, pero sí recuerda algo que enfatizaba su madre: "¡No! Yo voy a ir a votar cuando vuelva Perón".

Los hombres, sonrientes, tratan de persuadirla: "Entonces, vaya a votar para que podamos traer a Perón".

Y la madre de Petiso otra vez: "¡No señor! Yo hasta que no lo dejen venir a Perón, no voy a votar. Aunque me lleven preso".

Luego, cuando el padre acompaña a los hombres hasta la salida, les dice: "Yo si voy a ir a votar".

Muchos años después, Petiso comprendió lo que había pasado aquella vez: Los extraños eran militantes políticos que fueron a invitar a sus padres a votar en las elecciones de las que resultó electo Arturo Illia. Y los dichos de su madre hacían referencia al hecho de que Perón, permaneciendo exiliado en España, no podía participar de la elección, por cuanto su partido, por ese entonces, estaba proscripto.

Cierto día de 1966, Petiso concurre a la escuela. Como siempre lo ha hecho, su padre lo transporta en el caño de la bicicleta. Al llegar, Petiso ve un grupo de soldados instalados en el edificio. Fue la primera vez que Petiso vio un soldado de

verdad y también un fusil de verdad. Pero no recuerda haber preguntado el motivo de aquella presencia.

Más tarde, durante ese mismo día, al salir a uno de los recreos, Petiso y un grupo de sus compañeros corren a jugar en medio de la arboleda ubicada en el fondo de la Escuela Nacional Nº 138 "Capital Federal" de Justo Daract. De pronto, Petiso grita: "¡Escuchen! ¡La marcha "Mi Bandera"!". E indica con el brazo extendido, el parlante de la propaladora del pueblo, ubicada en el poste de la esquina.

Uno de los compañeros dice: "Si. Todo el día van a poner marchas".

Petiso pregunta: "¿Por qué?".

El compañero contesta: "Porque hay golpe de estado".

Petiso no sabe qué le quiere decir el amigo y sigue preguntando: "¿Qué es "golpe de estado"?".

El compañero responde: "No sé. Pero mi papá dice que hay golpe de estado".

Otro compañero participa y explica: "Sí. Hay golpe de estado. Ahora gobiernan los militares".

Petiso pide precisiones: "¿Cómo, "gobiernan los militares"?".

El compañero toma un palo del suelo, apunta como si fuese un fusil y contesta: "No sé. Pero ahora gobiernan los soldados. ¡Yo soy soldado! ¡Ra, ta, ta, ta, tá! ¡Están todos muertos!".

Aquella noche, el padre de Petiso le anunció con entusiasmo: "Petiso, vení que te voy a llevar a conocer soldados". Y, efectivamente, subieron a la misma "bici", el padre y el hijo y recorrieron el camino.

En la municipalidad, soldados. En el club Pringles, soldados. En el edificio de correos, soldados. Y en la usina del pueblo, soldados.

Allí pararon y el padre le presentó a un soldado amable. Y Petiso, por primera vez, tocó un fusil Mauser con sus manos.

Muchos años después Petiso pudo comprender lo que en aquellos momentos había sucedido: Un golpe de estado es un acto mediante el cual los militares interrumpen un proceso democrático, toman el poder por la fuerza y gobiernan la Nación. También comprendió, con el paso del tiempo, que las marchas militares que se escuchaban por las radios y las propaladoras de los pueblos, se debían a la intervención militar y que implicaba la suspensión de las programaciones habituales porque a partir de la instalación del gobierno de facto, un organismo denominado "Censura", se encargaba de seleccionar aquello que era apto para publicarse y aquello que no lo era. Y abarcaba a la música, las noticias, el arte en sus distintas expresiones, la opinión, la publicidad...

La presencia de soldados también encontró explicación. Se desplegaron soldados en todos los lugares estratégicos con el propósito de tomar el control y también de prevenir eventuales insurgencias por parte de los civiles.

Aquel día en que Petiso tocó con sus manos un arma de fuego por primera vez, el general Juan Carlos Onganía había derrocado al presidente Arturo Illia.

Un poco después, Petiso escuchó de "los grandes" otro fragmento de conversación. Su padre comentaba a un tío: "¡Qué barbaridad! ¡Cómo van a prohibir a los fileteros!".

¿Qué habría querido decir su padre con aquellas palabras? Recientemente Petiso alcanzó la comprensión cuando, alrededor del año 2000 durante un programa cultural televisivo que desarrollaba el tema del fileteado, se enteró de que en aquellos años del gobierno de Onganía, un funcionario había dictado la prohibición de pintar camiones y colectivos con el arte del fileteado, por cuanto "distrayía" la atención de los conductores y esto podía contribuir a la producción de accidentes de tránsito. Con esa medida, se destruyó la industria del fileteado y se perjudicó el desarrollo de un arte.

Los años transcurrieron y a principios de la década del '70, que coincidía con el principio de su adolescencia, Petiso empieza a ver en las paredes y en los tapiales del pueblo, dos letras superpuestas: Una "P" sobre una "V". Uno de esos días, uno de sus amigos dibuja en el baño de la ENET N^a 1 una P y debajo de ella una V. Petiso pregunta: "¿Qué es eso?". Y el amigo mirándolo despectivamente, tal vez por lo desinformado del otro, responde canchero: "Perón vuelve". Al advertir esto, otro estudiante comenta alarmado: "¡No seas boludo! ¡No escribas eso! ¿No ves que está prohibido?"

Era la época, durante el gobierno del general Alejandro Lanusse en que se rumoreaba que Perón podría volver a la Argentina.

Por aquellos tiempos, durante unas vacaciones, Petiso viajó a Buenos Aires por primera vez y cierta noche, con toda picardía, el marido de su hermana le anunció: "Esta noche te voy a llevar a conocer un "café concert", pero no digas nada porque está prohibido".

En ese lugar, que era algo así como lo que hoy se llama "pub", con capacidad para unas cincuenta personas, por lo común parejas, a media luz y con algo de humo, Petiso vio por primera vez, desde la ventanilla de una cocina, a unas señoritas que bailaban con elegancia y se quitaban algunas ropas, aunque no todas porque según dijo el cuñado, desvestirse del todo estaba prohibido. Y tras esa presentación también presencié la actuación de dos tipos flacos, vestidos de negro y luciendo un peinado "tipo afro" a quienes la concurrencia aplaudió "a rabiar" y que se llamaban Carlos Perciavale y Antonio Gasalla.

Petiso entendió bastante después por qué la gente esa noche ovacionó a Gasalla cuando cantó para cerrar el espectáculo una canción que dice así:

(Recitado)

En este gran partido, debemos patear bien...
Pero no nos han dicho... las pelotas de quien.

En este gran partido, hay que patear la pelota,
Pero para ganarlo... hay que ponerse las botas.

(Cantado)

Mientras yo estoy cantando
Para entretener,
Hay gente que no tiene
Un carajo que comer.

A nadie ya le importa
Otra revolución,
Si en cinco minutos
La dan en televisión.

Los viejos maquiavelos
Remueven en la mierda,
Para ver si conviene
La derecha o la izquierda,

Y cuando se encuentre
La salida política,
La gente no saldrá,
Pues estará raquítica.

Y no hay que ilusionarse
Porque hay un montón,
Que están haciendo cola
Para ir al sillón,

La inflación y la veda
Y el retorno anunciado,
Son distintos fideos
Para el mismo estofado.

Si siguen allí sentados,
Estúpidos burgueses,
Siempre las Malvinas
Serán de los ingleses.

Mas... podemos estar tranquilos
Con esta suerte perra,
Pues somos un país joven
Y no tuvimos guerra.

Cantaban esas cosas porque Julio Chamizo, ya invitaba a la gente a sumarse a su propuesta política: La Nueva Fuerza. Y

él, a través de la pantalla en blanco y negro de los modernos televisores de entonces, se presentaba diciendo: "Me siento orgulloso de presidir, un gran partido político con una nueva actitud. Gente nueva, que entiende la nueva política". Y detrás de esas palabras, un ritmo de marcha y un coro musicalizaban el aviso: "¡Todos somos, Nueva Fuerza. Juntos vamos, a ganar. Todos somos...!".

Para ganar había que ponerse las botas, lo que aludía al hecho de que para ganar había que ponerse del lado de los militares.

Fue un momento histórico en que se jugaban muchos intereses. ¿Qué hacer? Había que especular si convenía adherir a las fuerzas políticas de derecha o de izquierda porque si no se podía quedar "mal parado" o afuera, por lo tanto había que remover la mierda para ver adonde convenía "tirarse".

Ya de regreso a sus pagos puntanos, Petiso se dio cuenta de que empezó a desarrollarse una actividad que él desconocía pero rápidamente se enteró de que eran "sedes partidarias" donde se desarrollaba la "campaña electoral".

Tal como le transmitieron sus padres, Petiso empezó a frecuentar la sede del FREJULI, el Frente Justicialista de Liberación Nacional. Recuerda el clima festivo que se vivía y las anécdotas que surgían. Por ejemplo, los parroquianos del pueblo bromeaban porque un paisano no quería votar al doctor Frejuli. El quería votar a Perón. Aunque estuviera borracho.

Se organizaban actos políticos y todos "discurseaban". Entonces, según se pronunciaban conceptos que hacían referencia a los hechos recientes, los jóvenes, la Juventud Peronista y otros, cantábamos las consignas:

"Que lindo, que lindo, que lindo que va a ser, el Tío en el gobierno, Perón en el poder". Porque ya se sabía que la "jugada" política de Perón consistía en que Héctor Cámpora fuese candidato a Presidente, asumiera como tal, permitiera el regreso de Perón, renunciara Cámpora, se convocara a una

nueva elección en la que fuese candidato "El General" y resultase victorioso.

Otras consignas eran:

"Lanusse gorilón: El pueblo te saluda, la putá que te parió" (sic, para que rime).

"Atención, atención: Lanusse está de "encargue" y lo culpan a Perón".

O una variante de esta:

"Atención, atención: Se viene un montonero que se llama Juan Perón".

Era tanto el entusiasmo, que los militantes daban rienda suelta a la creatividad y adaptaban letras a las músicas tradicionales. Por ejemplo, con la música de la jota cordobesa, un creativo compuso lo siguiente:

La juventud peronista,
Sale a la calle y pelea
Y cuando encuentra un gorila,
Si no lo c..., lo m...

(Coro) Larai, laraira, larai laraira...

Con las tripas de un gorila,
Nos vamos a hacer un bombo,
Para salir a la calle,
Cuando se arme el quilombo.

(Coro) Larai...

Otro creativo adaptó la siguiente letra:

Yo te daré,
Te daré patria hermosa,
Te daré una cosa,
Una cosa que empieza con "P":
¡Perón!

Otra creativa, pero "culturosa", llegó a adaptarle letra a la sinfonía Nº 40 de Mozart:

Hoy vuelve la Argentina,
A nombrarte Juan Perón,
Y todos los gorilas,
Se van de la Nación.

Tu nombre lo prohibieron,
Y el pueblo lo calló,
Pero en el alma de todos,
Estaba Juan Perón.

Y hoy estás de nuevo,
Y podemos gritar,
Que Evita es capitana
Y Perón general.

Te decimos los grasitas,
Que vamos a ganar.
Aunque demos nuestras vidas,
Lo vamos a lograr.

Evita es la guía,
Que dirige nuestros pasos.
Evita ¡Madrecita!
No te hemos olvidado...

La estrategia se cumplió. Ganó Cámpora, renunció, volvió Perón, ganó las elecciones y empezó a gobernar.

Para Petiso y sus amigos, y para todo peronista que lo quisiera, la vida era una fiesta. Perón iba a estar en... La Quiaca. Entonces tomaban el tren, en cualquier lugar el país y se le decía al guarda, oportunamente, que uno era peronista y que iba a La Quiaca a acompañar al general Perón y entonces viajaba gratis.

El "General" iba a estar en... Mendoza. Y allá iba Petiso y quien quisiera. En tren y gratis.

A veces Petiso u otros no podían ir porque faltaba "guita".
"¿Cómo que no podés ir "porque te falta guita"?! ¡Al general

Perón se lo acompaña "cueste lo que cueste y caiga quien caiga"! Ya lo dijo la compañera Evita! Si esa era la situación, entonces íbamos a las casas de comercio, nos presentábamos diciéndoles que éramos de la "jota pe" y que queríamos ir a apoyar al "General" que iba a estar en... la loma del queso y los comerciantes nos daban la "guita". No decían nada. "Agachaban las orejas" y nos daban unos pesos para el viaje.

Petiso también recuerda que, en función de la "tercera posición" que planteaba Perón, se agregó a la lista otra consigna: "Ni yanquis ni marxistas: ¡Pe-ro-nistas!".

Después se iban produciendo diferencias internas y Petiso, con cierta preocupación y hasta con cierto temor, participaba de los actos políticos pero ya sin cantar porque no se sabía si hacerlo o no. Cantar una consigna podía implicar ganarse la enemistad de algunos grupos.

Por ejemplo, se cantaba o se gritaba:

"Montoneros, montoneros. Montoneros, montoneros, montoneros..."

"Aquí están, estos son, los fusiles de Perón."

O una versión que cantaban los más moderados:

"Aquí están, estos son, los muchachos de Perón".

"Ya van a ver,
Ya van a ver,
Cuando vengamos
Los muertos de Trelew".

"Sí Evita,
Viviera,
Sería montonera".

"El "Che" de la Argentina,
Se llama Abal Medina".

Más adelante, cuando Perón murió, Petiso escuchaba desde lejos, a aquellos muchachos que cantaban:

"Isabel y López Rega,
son los reyes de la entrega".

Pero no solo cantaban porque veían que la Argentina se iba hundiendo. Cantaban porque ahora podían desahogarse y gritar lo que antes se comentaba en voz baja y era que Isabel "engañaba" a Perón con José López Rega, que era ministro de Bienestar Social, mentor de una fuerza parapolicial de derecha llamada "La triple A" y cuando el General estaba en España había sido su asistente.

Petiso recuerda el desencanto que sentía, por la situación que se vivía en el país.

Las noticias informaban sobre bombas, secuestros, muertes de dirigentes políticos conocidos como José Ignacio Rucci o el general Pedro Aramburu. Y también él llegó a pensar como había escuchado que dijo el mismo general Perón a uno de sus asistentes: "Que bien estábamos, cuando decíamos que estábamos mal".

Por cierto, algunas pinceladas de humor se producían y por eso recuerda de cómo se reía la gente de un ministro de economía llamado Lorenzo Sigaut quien, asegurando que él iba a enderezar la economía, pronunció unas palabras: "El que apuesta al dólar pierde". Y la gente se reía porque el dólar seguía marcando diferencias de cotización a su favor, con respecto al peso Ley 18.188.

Petiso evoca lo que era el "mercado negro", que funcionaba de una manera melodramática. Como escaseaban los productos, la madre de Petiso lo mandaba a comprar azúcar pero en ningún almacén la había. Entonces en su casa, como también en otros hogares, endulzaban los alimentos con miel o con un producto similar llamado "Kero".

Un día, Petiso estaba en una ferretería cuando de pronto entró un cliente que preguntó el precio de una pala. El comerciante le respondió con otra pregunta seguida de la respuesta: "¿Con boleta o sin boleta? Con boleta diez pesos. Sin boleta cinco".

Escaseaban hasta los cigarrillos. Pero la gente, digamos los consumidores, tanto como los comerciantes, encontraron la

manera de solucionar este inconveniente. Petiso fue testigo de esta anécdota frecuente: Un cliente llegó a un kiosco y pidió un paquete de cigarrillos "Vía Appia", que costaban, por ejemplo, un peso. El kiosquero contestó: "No hay". A continuación, el comprador comentó, rascándose la cabeza: "¡Qué macana!. Pagaría hasta diez pesos por un Vía Appia". Una vez que el comerciante escuchaba esto decía: "¿A ver? Esperá un poquito. Me parece que me queda un paquete que me encargó Fulano de Tal y no lo ha venido a buscar". Dicho esto, hurgueteaba entre unas cajas, debajo del mostrador y se enderezaba con el atado de cigarrillos en la mano. Con gesto grave aclaraba: "Acá tenés. Fulano me va a matar porque es el último que me queda. SON DIEZ PESOS". Claro, detrás de ese fumador había una "cola" conformada por decenas de clientes dispuestos a repetir la experiencia del "último Vía Appia". Era cómico.

Un día de aquellos, Petiso se rió de un cuento que se divulgaba entre la gente y que escuchó de uno de sus amigos. Se sabía que cuando Perón se fue de la Argentina, luego de su derrocamiento en 1955, había conocido en Caracas a María Estela Martínez, cuyo nombre "artístico" era "Isabel". Isabel, por entonces era alternadora en un local nocturno de Venezuela y después se casaron. Entonces, en aquellos años de presidencia de Isabel, el cuento era este: Una pordiosera pedía limosna a la entrada de una iglesia. Abordaba a los transeúntes y les decía: "Una limosna, por amor de Dios. Cooperen con esta pobre vieja. Una monedita, por favor. Cooperen. Cooperen". De pronto se acerca Isabel con su comitiva, la mendiga se acerca, estira su mano y le pregunta: "¿Coopera?". Entonces Isabel, con gesto altanero y despectivo le contesta: "¿Yo copera? Presidente de la Nación, querrá decir".

A principios de 1976, Petiso aprendió otro chiste que se repetía con frecuencia y circulaba por todos lados. Alguien preguntaba: "¿Sabés cómo le dicen al gobierno de Isabel?". Un interlocutor respondía: "No. ¿Cómo le dicen?". El primero decía: "Semana Santa". El otro volvía a preguntar: "¿Por qué?". Y la respuesta era: "Porque si no cae a fines de marzo, seguro que cae a principios de abril".

Los rumores de que se avecinaba un desenlace eran moneda corriente y así fue. El 24 de marzo de 1976, se produjo el golpe de estado que derrocó al gobierno constitucionalmente establecido y se inició el "Proceso de Reorganización Nacional", con el general Jorge Rafael Videla a la cabeza.

De nuevo Petiso escuchó las marchas militares y recordó aquellas que en la niñez marcaban este tipo de intervención. Quizá lo único diferente, en este caso, haya sido que los televisores en vez de mostrar su programación habitual, presentaban la pantalla en blanco, con el escudo nacional fijo allí, todo el día y como fondo, las marchas. Todos los sistemas de comunicación masiva, como la radio y la televisión, permanecían conectados a la "cadena nacional". De nuevo vio Petiso, soldados por todas partes. De nuevo las reuniones de personas eran reducidas, rápidas y se hablaba en tono grave.

A Petiso le parece que fuese hoy, el recuerdo de su padre afligido comentando con un grupo de compañeros de trabajo: "¡Cómo nos cagaron la vida!. ¡Nos anularon el 36/75!". El 36/75 era el convenio colectivo de trabajo que le garantizaba al trabajador, un conjunto de condiciones laborales que lo hacían sentirse dignos: Un horario de trabajo adecuado, el pago de horas extraordinarias, la posibilidad de vacacionar con la familia en hoteles sindicales a precios módicos en distintos lugares del país, estabilidad laboral, el incremento de días de vacaciones en función de la antigüedad, el pago de incentivos por eficiencia y muchos otros.

Petiso también evoca la aflicción que sintió su padre cuando "desapareció" el "Gato" Oscar Smith, un dirigente de Luz y Fuerza, el gremio al que estaba afiliado.

Pero además recuerda cómo se sorprendió el pueblo de La Toma, cuando se conoció la noticia de que habían matado "al Sandro". Petiso se preguntó: "¡¿Al Sandro?! ¡¿Cómo van a matar al Sandro?! ¡Si es más bueno que el pan!. ¡Cuántas veces habían compartido juntos aquellas siestas quietas del pueblo, sin hacer nada! ¡Cuántas veces habían charlado acerca de organizar la U.E.S., es decir, la Unión de Estudiantes Secundarios! ¡Cuántas veces habían visto Petiso y sus amigos, al Sandro "haciendo" de locutor en los parques que ocasionalmente pasaban por el pueblo! ¡Cuántas veces lo

veían ayudar a su padre, don Tiburcio Alcaraz, en la humilde carnicería de su propiedad! ¡Qué desproporción, cómo lo van a matar al Sandro!

Junto a este recuerdo surge el de "la Graciela Fiochetti". Petiso visualiza la mañana en que la fueron a buscar. Llegaron los militares al pueblo en sus vehículos verdes. Se apostaron algunos en una esquina, otros en otra y un tercer grupo armado fue hasta la casa de la Graciela a mitad de cuadra. Entraron con brusquedad, dieron vuelta todo patas para arriba y la agarraron. La madre lloraba a gritos, pero no se hizo más nada. Todos teníamos miedo y tristeza. Después un oficial que estaba a cargo indicó a dos curiosos al azar y les gritó: "¡Usted y usted: firmen acá!". Entonces los dos tipos firmaron el acta que decía que habían procedido correctamente.

Durante el proceso, Petiso cierto día sacó la cuenta con sus dedos cuantos artistas no podían actuar ni cantar: Horacio Guaraní, Victor Heredia, Mercedes Sosa, Norman Brisky, Cipe Lincovsky, José Larralde, Jorge Cafrune... ¡Ah, no!. Pensándolo bien, Cafrune sí pudo cantar. Hasta que un día sufrió un "accidente" y murió.

Petiso sonrío al recordar que estaban prohibidas las películas de Isabel Sarli porque eran "pornográficas". ¡Quién diría que hoy, los niños cuando sintonizan en el canal "Volver" esas películas lo cambian porque las consideran tontas!.

Rememora lo que significaba salir a bailar durante los años del "proceso". Implicaba la posibilidad de que en el boliche, o en la "discoteca", como se la llamaba entonces, de pronto se encendieran las luces y un grupo de alrededor de veinte militares separaran a las mujeres hacia un sector, a los hombres hacia otro, los colocaran con las palmas de las manos apoyadas contra la pared, los "palparan" de armas, comprobaran su identidad a través del documento (de porte obligatorio) y también que revisaran los vehículos estacionados alrededor.

En 1978, se llevó a cabo el campeonato mundial de fútbol. La canción oficial del evento tenía ritmo de marcha:
"Veinticinco millones de argentinos,

jugaremos el mundial.
Mundial, la gesta deportiva
Sin igual...".

Y acude a su mente, el recuerdo del entusiasmo que despertó en el país. Y recuerda los automóviles transitando por todos lados con el logotipo que presentaba a aquel gauchito argentino, con poncho y sombrero junto al contorno de una figura con forma de copa deportiva coloreada con bandas verticales celestes y blancas y a su base la inscripción "Argentina '78". Esos y otros automóviles también lucían un cartel adhesivo que comunicaba "Los argentinos somos derechos y humanos".

Sin embargo en el marco de ese mismo evento, la intolerancia de Petiso y sus amigos llegó a un alto grado de expresión cuando la selección de fútbol de Francia, adhiriendo a un boicot que desde aquel país europeo se propiciaba, en contra de la dictadura militar encabezada por el general Videla y denunciando la violación de los derechos humanos por estos mismos, demoraron por más de una hora la iniciación del partido que disputarían contra nuestra selección. Aquel día Petiso y sus amigos se enfurecieron contra los "franceses de mierda". ¿Qué carajo reclamarían si acá todo estaba bien? Hoy Petiso reflexiona al respecto, preguntándose por qué razón, todo un país, "no pudo ver" a las "locas de pañuelo blanco" dando vueltas alrededor de la Plaza de Mayo, ni buscó una explicación acerca de por qué los franceses adherían a un boicot que cuestionaba la verdadera libertad que el gobierno de facto decía que había.

Recuerda también aquella vez en que para realizar las reuniones de la cooperadora escolar donde concurrían sus hijas, había que tener en cuenta el hecho de avisar a la policía con cuarenta y ocho horas de anticipación y por nota, para que el destacamento enviase a un oficial para que estuviera presente durante su desarrollo, con el propósito de tomar nota de todo cuanto allí pasara y se dijese.

Más adelante, ocurrió el desencanto de la guerra de Malvinas. Durante aquellos días todos los medios de comunicación se dedicaron a cubrir ampliamente todos los acontecimientos de semejante acontecimiento.

Parece que fue hace muy poco tiempo que viera por televisión a los artistas y demás integrantes de la "farándula" donando públicamente dinero, joyas, automóviles y otros valores, para contribuir a financiar la campaña militar. Amalia Lacroze de Fortabat, la empresaria del cemento, donó públicamente todas las toneladas de cemento que fuesen necesarias para la construcción de una pista de aterrizaje de aviones en Malvinas. Las radios sorprendían gratamente a los argentinos oyentes, con sus novedades: "Hoy, tropas argentinas derribaron dos aviones británicos Sea Harrier". "Hoy, aviones de la Fuerza Aérea Argentina hundieron una fragata británica". "Hoy, tropas inglesas intentaron desembarcar en Puerto Argentino, pero la acción conjunta de la Fuerza Aérea y el Ejército Argentino, contraatacó produciendo graves daños al ejército enemigo. Las aguas del Atlántico Sur, han quedado cubiertas por cuerpos de soldados del ejército invasor". Petiso y la gran mayoría de los argentinos encontraba a esto una explicación: "¡Claro! Si el general Galtieri, por entonces presidente de la nación, bien se los había dicho: "Si quieren venir, que vengan. Les presentaremos batalla"". Y allí estaban los resultados. Además, Petiso junto a sus amigos comentaban en las mesas de los bares, lo brillante que era la gestión del canciller Nicolás Costa Méndez ante el mundo, que cada vez se ponía más del lado de los argentinos. Una evidencia de esto era el ofrecimiento de Perú, para que la Argentina dispusiera de toda su fuerza militar si así lo necesitaba. Pero también todos sabíamos "en secreto", que Ghadaffi había ofrecido ayuda y hasta ponía a disposición de la Argentina la bomba atómica, con tal de que le ganáramos la guerra a los ingleses. Y como Estados Unidos se había "dado vuelta" y ayudaba a los ingleses de Margaret Thatcher, los rusos nos ayudarían a nosotros. En resumen, la guerra de Malvinas estaba ganada. Si hasta el periodista José Gómez Fuentes lo decía, ¿por qué habría que dudar de los rumores que se corrían?

De repente, el general Mario Benjamín Menéndez, gobernador ad hoc de las Islas Malvinas se rindió ante el general Moore... "¿Cómo? ¿No íbamos ganando la guerra? ¡Por Dios, qué desencanto!

Un par de años mas tarde, Petiso se encontró con el "soldado Zapata", su amigo. Y Zapata le contaba, entre tembloroso y tartamudeando, que nunca entró en combate. Para muchos soldados, la guerra de Malvinas no pasó. Ni se enteró, pero un buen día de junio de 1982, les dijeron que la guerra se perdió y que había que entregar el "F.A.L.", es decir, el fusil automático liviano con que estaban armados "los conscriptos". Eso si: Para que el enemigo no utilizase nuestras propias armas en contra de los intereses de la Patria, había que inutilizar el fusil. Había que sacarle el percutor, y torcerlo, o tirarlo al mar, o cualquier otra cosa. Pero que no cayese en manos de los ingleses. Sin embargo, después de que uno a uno los soldados argentinos amontonaron sus armas formando una "montaña", una máquina topadora los arrastró hasta el mar y allí fueron a parar.

El "soldado Zapata" cuenta que se sintieron más tristes todavía cuando comprobaron que siendo prisioneros de los ingleses, los soldados argentinos recibieron un trato mejor que el que les daban sus propios oficiales. En el acorazado "Canberra", que los transportó, fueron alimentados, pudieron higienizarse, se les proveyó de ropa y abrigos, pese a que el ambiente de aquella nave marina estaba calefaccionado.

Hoy, Petiso ha pasado por una galería de la Universidad Nacional de San Luis. Y ha visto en una pared, junto a otros, un retrato del "Sandro": Santana Alcaraz. Egresado con el título de bachiller, del Colegio Nacional "Manuel Belgrano" de la localidad de La Toma (San Luis). Y de pronto recuerda aquellas siestas en las que Sandro llegaba a su casa para alcanzarle, disimulada dentro de una cartulina arrollada, la revista "El Descamisado", con la advertencia: "¡Ojo! Que está prohibida". Y después se iba en su bicicleta, alegre, delgado, con sus anteojos "culo de botella", con su camisa "Lavilista" de color celeste, sus pantalones "Far West" blancos, sus zapatillas "Boyero" azul con un cordón atado y otro no, con la punta del cinto colgando...

¡Qué desproporción, la de utilizar la fuerza bruta y la violencia sobre un chico de veinte años!

Allá al fondo, en el bar, Teresa Parodi canta desde una grabación:

¿Qué fue lo que ha sucedido
María Pilar?
¿Qué fue lo que ha sucedido,
con tu Julián?
Los compañeros te ayudan
a preguntar:
¿Adónde se lo llevaron,
dónde estará?
¿Por qué jamás
lo pudiste hallar,
si lo buscaste
sin descansar?

Tuviste miedo,
Por tu Julián.
¡Ay, María Pilar!
Sabías que algo
Le iba a pasar.

¡Tan duro tu hombre,
María Pilar!
¡Tan preocupado
por los demás!

Seguí contando, María Pilar,
Los hombres justos te ayudarán.
Hay hombres justos, María Pilar.

¿De que es lo que acusarían
A tu Julián?
¿Acaso de preocuparse,
por los demás?
Te enorgullece pensarlo,
María Pilar,
Si es por eso que se llevaron
A tu Julián,
Aquellos que le quitaron
Su libertad.

El nunca empuñó otra cosa,
Que su bondad.
Y es justo, lo que pedía
¡Si lo sabrás!
¿Acaso puede decirse
que no es verdad
que tantos necesitaban,
abrigo y pan?
¡Cómo no gritarlo,
María Pilar,
Siendo como era
Ese, tu Julián!

Los hombres justos,
No se que harán.
¡Ay, María Pilar!
Pero que ayuden
A tu Julián.
¿De qué nos sirve,
la libertad,
si no hay justicia,
María Pilar?

Y Petiso, se va caminando y pensando...